



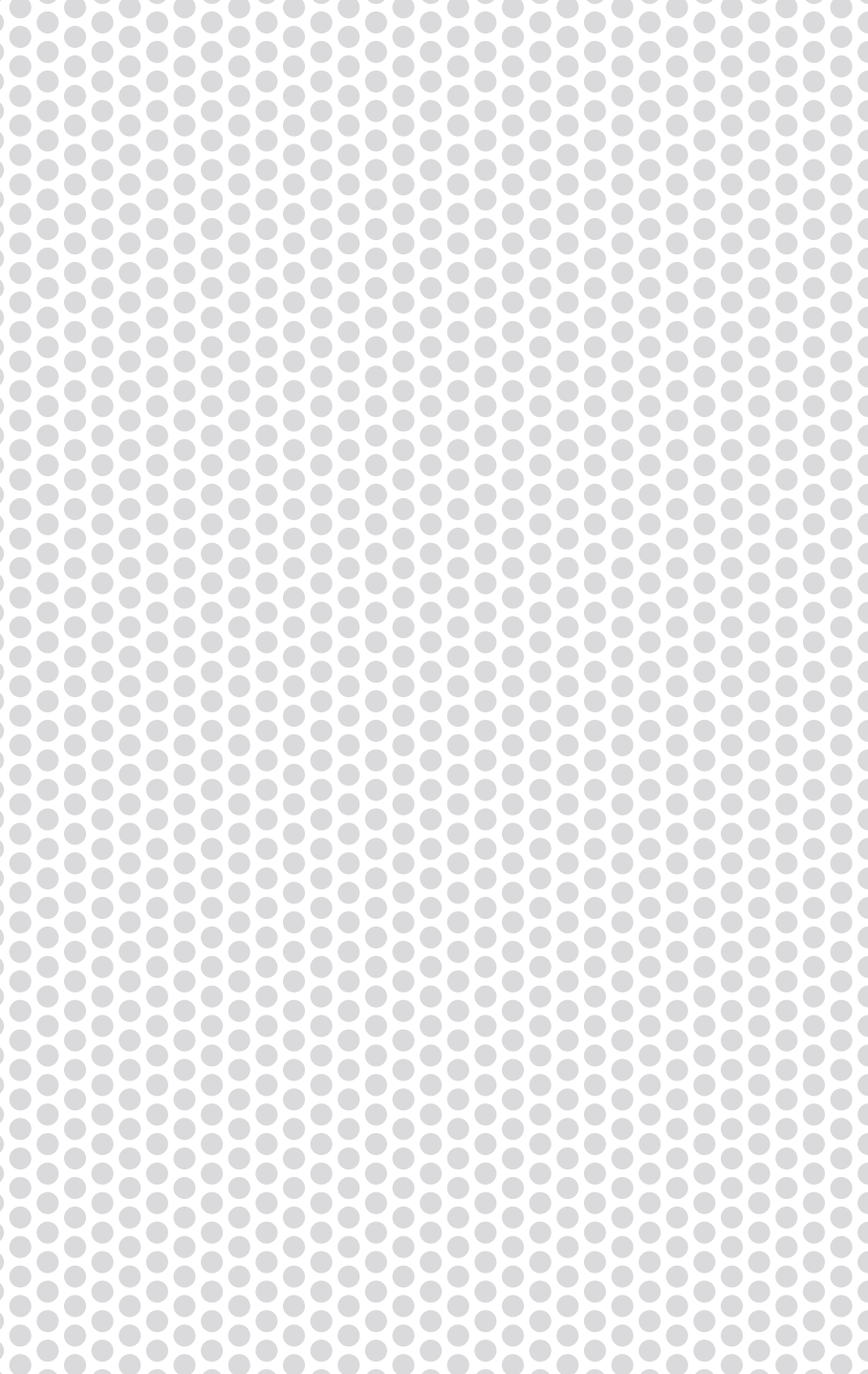
EL BARCO
DE VAPOR

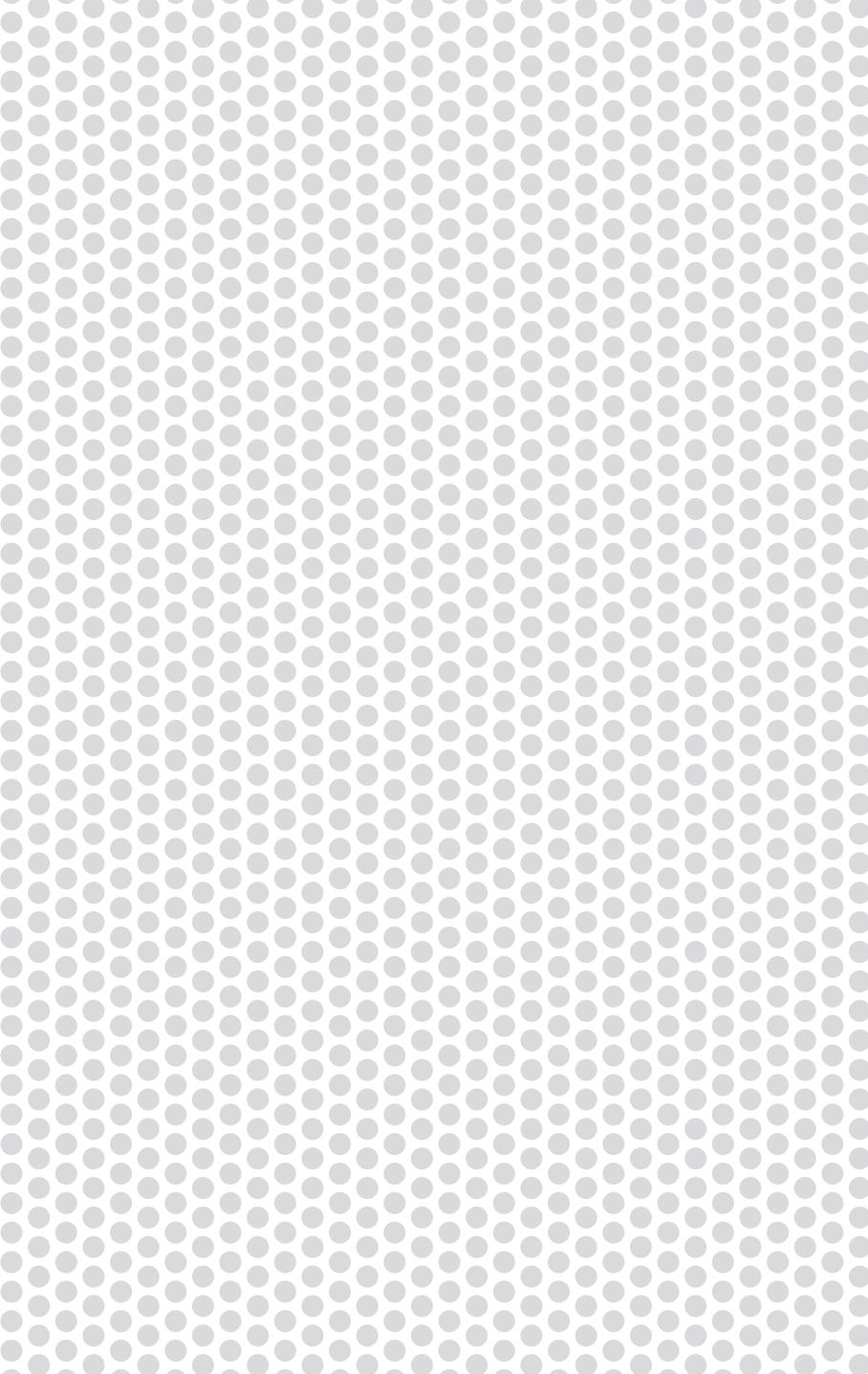
Clubes rivales

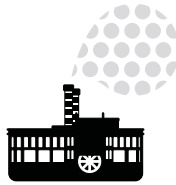
Javier Malpica



PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR







EL BARCO
DE VAPOR

Clubes rivales

Javier Malpica



Malpica, Javier

Clubes rivales / Javier Malpica – 5a. ed. – México : Ediciones SM,
2016

205 p. ; 12 x 19 cm – (El barco de vapor. Naranja ; 11)

ISBN : 978-607-24-2063-2

1. Literatura mexicana. 2. Pandillas – Literatura infantil. 3. Unidad y pluralidad – Literatura infantil. I. Álvarez, Juan Cristóbal, il. II. t. III. Ser

Dewey 863 M35

Ilustración de portada: Edgarcito

Primera edición, 2002

Quinta edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2002

Magdalena 211, Colonia del Valle,

03100, Ciudad de México

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios:

www.ediciones-sm.com.mx

ISBN 978-607-24-2063-2

ISBN 978-968-779-176-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

*Para aquellos originales exploradores:
Adriana, Pedro, Mayra, David, Aída, Enrique, Mague,
Juan, Toño, Vladi y Roger*

● 1

¡ODIO LOS DOMINGOS POR LA TARDE! ¡Los odio! Yo creo que es porque después de un domingo siempre viene un lunes y los lunes son los días más horribles y espantosos del universo. Sí, de todo el universo. Porque yo creo que si hay vida en otro planeta y los seres de ese planeta tienen lunes, seguramente también los deben de odiar, porque aunque tengan pistolas de rayos láser y armas atómicas, nada puede matar a un lunes, son indestructibles. El odio a los lunes no es cosa solo de los chicos, a veces me ha tocado escuchar cómo mi papá se queja un domingo en la noche, cuando ya está recostado y todo, y le dice a mi mamá con una voz que da pena: “¿Por qué no es viernes?”. A lo que mi mamá le dice: “¡Siempre dices lo mismo! ¡El tiempo no se puede regresar y punto! ¡Ya duérmete, que mañana tienes que madrugar!”.

¡Sería padrísimo poder regresar el tiempo, tener un reloj mágico que te permitiera convertir todas las tardes de domingo en noches de viernes, los lunes en sábados y los martes que se escaparan por descuido, otra vez en viernes! Pero supongo que eso es imposible, ya que todos nos la pasaríamos viviendo en sábados y domingos por la mañana (que son también muy buenos) y seguramente el gobierno no lo permitiría porque nadie estudiaría ni trabajaría.

El caso es que mi papá se queja precisamente por eso, porque tiene que ir a trabajar todos los lunes y claro, todos sabemos que el trabajo no es algo que pueda hacer feliz a nadie, es bien sabido que el trabajo es un castigo que Dios le dio a Adán (que fue el primer hombre en este planeta) y a todos los hombres que le siguieron. “Te ganarás el pan con el sudor de tu frente”, algo así le dijo, y claro, sudar nunca es muy agradable cuando eres adulto, y si no me creen, nada más huelan la playera de su papá o su tío después de que ha jugado fútbol toda la mañana. En fin, el caso es que mi papá no debería quejarse, pues al menos parece que ningún hombre que haya existido en todos los años de la historia del mundo se ha salvado de trabajar, y puede ser que ninguno lo hará.

Tal vez sea necesario decir que mi padre trabaja como contador, y no estoy muy seguro de qué significa eso pero debe de ser algo tan malo como ser esclavo o estar preso, porque a mi papá no le gusta nada. Hace unos dos años, cuando yo era un poco más chico, quise saber qué era eso de ser contador, le pregunté si en su trabajo contaban cuentos, él solo se rio, y en vez de contestarme lo que hacía, me dijo: “Estás muy chico para entender”. ¡Odio esa respuesta! No sé por qué, pero siempre que un adulto me dice eso de “estás muy chico” siento que en realidad no sabe qué contestar y que está usando una de esas respuestas que solo cuando eres adulto se te está permitido usar. Y es que la otra vez lo comprobé cuando mi tía Roberta me dijo que no entendía por qué me peleaba tanto con mi hermana, y yo, recordando a mi padre, le dije orgulloso: “Estás muy grande para entender”. Y bueno, lo que mi mamá opinó de mi respuesta —ya que para mi mala suerte me escuchó—, no fueron palabras, sino varios cientos de nalgadas que me hicieron entender que hay ciertas cosas que a los niños nos está prohibido decir, como las groserías (de las que ya les contaré). Es injusto que haya tanta desigualdad entre chicos y grandes, pero en lo que sí nos parecemos los niños y los adultos, o

al menos mi papá y yo, con todo y la bola de años que me lleva, es en nuestro odio al lunes.

Ya sé que mi papá tiene que ir a “contar” algo muy desagradable todos los días para que podamos comer, pero yo estoy seguro que lo que la escuela nos obliga a hacer a todos los niños es mucho peor: son asquerosas las composiciones y los quebrados, las divisiones (sobre todo las de dos cifras), las copias, pero antes que nada los exámenes y las tareas. Y las peores tareas de todas son las que te dejan los viernes, porque uno siempre acaba haciéndolas los domingos por la tarde, cuando el sol se pone anaranjado y uno ya puede sostenerle un poquito la vista sin dañársela. Tal y como ahora, que estoy haciendo decenas de sumas de quebrados que están difícilísimas justo cuando se está acabando el día, y no lo puedo evitar, pero como todos los domingos a esta hora, me está doliendo el estómago; se siente tan mal el ver cómo en vez de estar andando en bicicleta, tiene uno que quemarse el cerebro con las matemáticas. Siempre que estoy en esto del dolor de estómago y el sol naranja, pienso en que debería escuchar a mi mamá y hacer la tarea el viernes en la tarde, apenas después de comer, pero ella no entiende que a todos los niños nos entusiasma tanto estar

por fin libres de una semana de estudios, que lo último que se quiere tomar un viernes en la tarde es un libro y un cuaderno. Necesitaría uno estar superloco para hacerlo. Y no hay ningún niño que lo haga. Bueno, hay que reconocer que hay uno que otro chiflado... como mi hermana.

Mi hermana es uno de esos seres raros a los que les gusta ir a la escuela, que tienen todavía los libros bien forrados cuando ya está por terminar el año, que no ensucian su uniforme en el recreo y que hacen su tarea del viernes justo después de comer. Esa es una de las razones por las que me cae gorda. Sobre todo porque si ella ya tiene la tarea hecha y vamos en el mismo salón, digo yo ¿qué le costaría pasarme aunque sea uno o dos quebrados, al menos este de doce novenos más cinco séptimos que, por más que me esfuerzo, no me sale? Es cierto, una vez que me dejó copiarle una división mi mamá nos castigó, pero debería tener un poco de piedad de mí. Mírenla, ella sí está allá afuera en el jardín con la tonta de su amiga Pilar, y ni siquiera están haciendo algo provechoso. Sentadotas en el pasto y platicando. Claro, las niñas, como las madres, no entienden lo que es la verdadera diversión. Ahí viene a unírseles Roxana. Por esa niña se mueren varios en el salón, sobre todo René, que

es mi segundo mejor amigo, y a pesar de ser güero y alto y superbueno en los deportes, es lo que se dice muy tímido y la verdad no muy inteligente y por eso yo creo que no le hacen mucho caso las niñas. Sí, Roxana es bonita, más que mi hermana al menos, tiene un cabello negro y lacio que se le ve bien y una cara como diría mi mamá “de niña que no rompe un plato”, y no está gorda como Pilar, pero yo no entiendo el alboroto por una niña solo porque tiene ojos azules. Ahora sí, ya están las tres mujeres juntas platicando. Nada interesante puede estar pasando ahí.

Yo no sé cómo es que podemos ser tan distintos mi hermana y yo. Ya sé que somos niño y niña y que la diferencia entre los hombres y las mujeres es enooooooooorme, pero uno pensaría que dos niños que nacieron el mismo día deberían parecerse un poco, sin embargo, fuera de que los dos tenemos el cabello y los ojos castaños, somos tan diferentes como un dinosaurio y... una cucaracha (claro que mi hermana sería la cucaracha). Mi mamá nunca nos ha querido decir quién nació antes, siempre nos dice: “¿Para qué quieren saber? ¿Para tener otra razón para pelearse?”. Pero yo estoy seguro que soy el más grande. Claro que Susana opina al revés.

¡Diablos! Si no fuera porque mi mamá siempre esconde en la parte más alta de la alacena los cuadernos de la tonta de Susana después de que hace la tarea, yo ya le habría copiado al menos la mitad de los quebrados y podría ir a casa de Quique, que a pesar de ser un poco chaparro —lo cual hace que todos crean que va en segundo y no en cuarto—, un poco fantasioso y usar lentes de fondo de botella, es mi mejor amigo. Es quizá lo que me tiene más enojado. Y es que hoy mi tío Paco nos contó a Susana y a mí (sí, para mi mala suerte ella también escuchó) una cosa muy padre. Y tengo que ir a contársela a mis amigos. Pero creo que tendré que esperar hasta mañana en el recreo para decirles el tremendo plan que se me ocurrió.

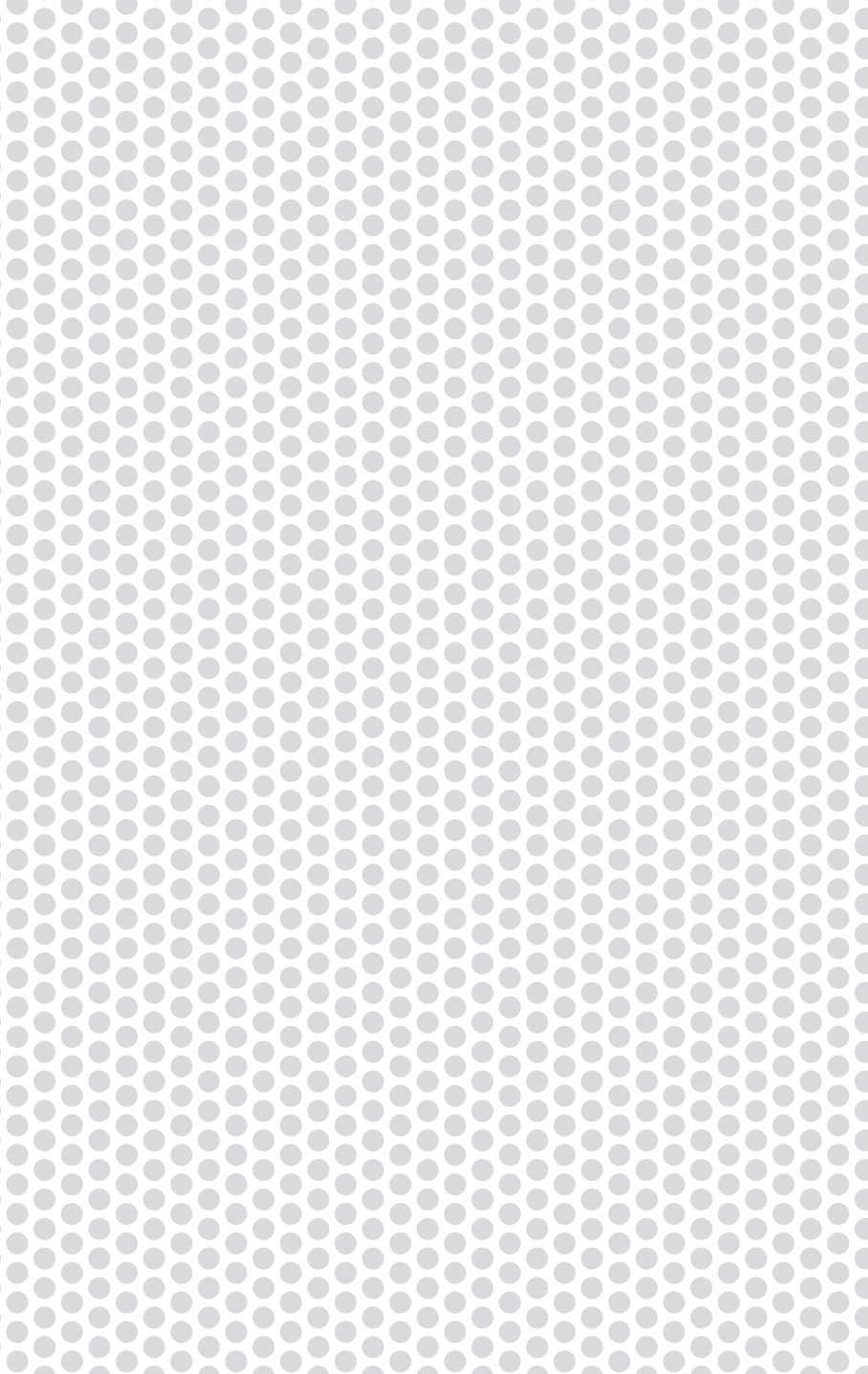
● 1

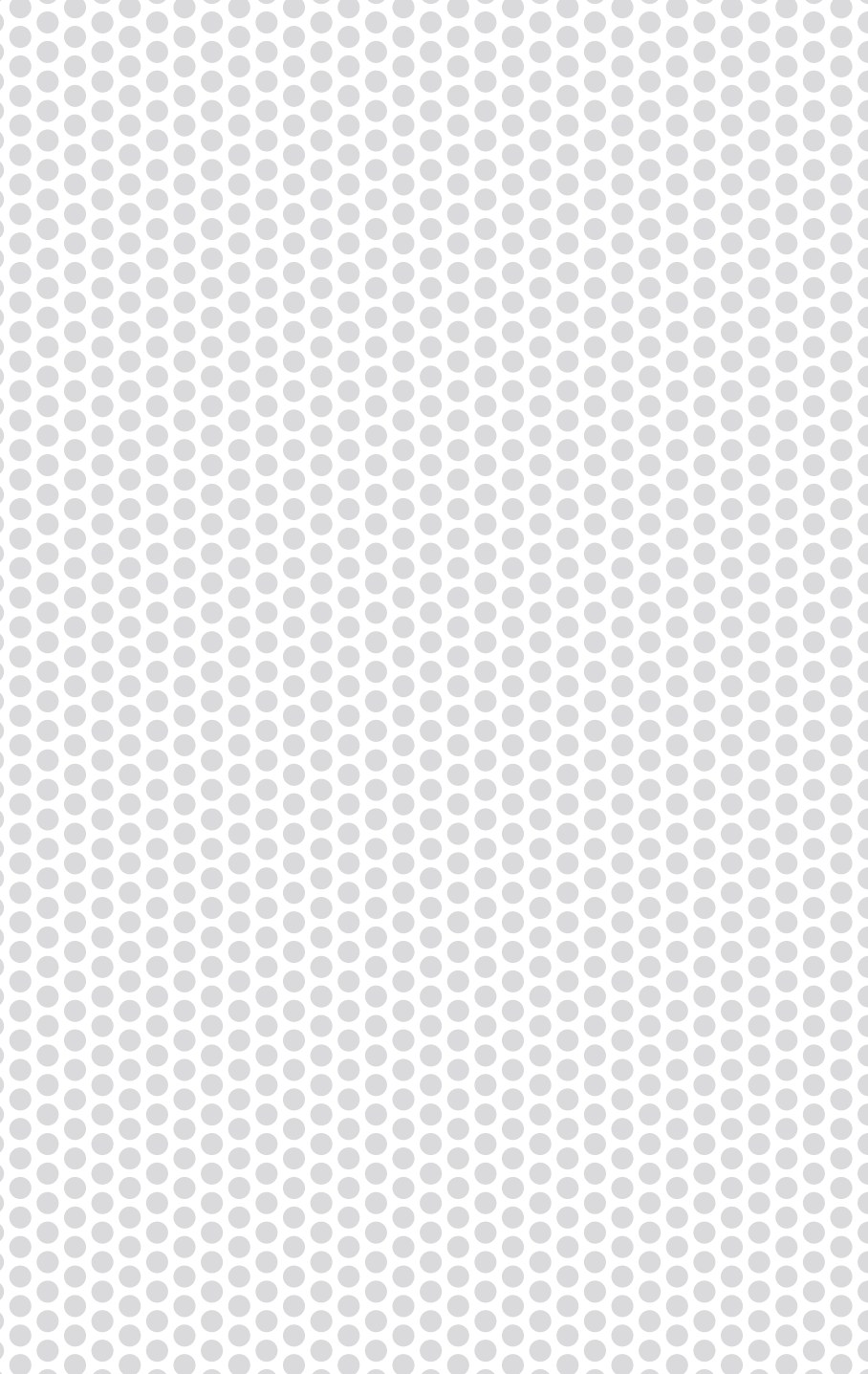
MI TÍO PACO es, aparte de guapo (a mi amiga Pilar le encanta), una de las personas más interesantes que conozco. Aunque yo sea su sobrina y sea tan chica, no creo que esté mal que diga que un señor es guapo, como cuando las niñas de mi salón opinan que Leonardo DiCaprio es guapo. Me parecerísimos que mi tío no se haya casado aún. Claro que no es ningún jovencito, tiene como treinta años y mi mamá quizá por eso siempre le está intentando conseguir novias, porque como ella se casó a los veintitrés años, le debe de parecer que mi tío ya se tardó en eso de casarse. Pero mi tío no parece estar muy preocupado por el asunto, y tal vez tenga razón, porque aunque sí he escuchado sobre mujeres quedadas, yo nunca he oído de ningún hombre quedado; es más, Roxana, una de mis mejores amigas y la niña más bonita del salón, me contó cómo su abuelito, que tenía unos años de

viudo, se volvió a casar cuando tenía sesenta años, nada menos que con una muchacha de veintiocho. ¡Guau! Así que mi tío no debe de preocuparse, porque si los abuelitos pueden casarse con muchachas jóvenes, con mayor razón los tíos. Claro que esto es una injusticia. ¿Por qué las abuelitas y las tías que tienen cuarenta años no pueden casarse con muchachos de veinte años? Como mi tía Roberta, que no está del todo mal salvo que tiene como cuarentaynosecuántos años. Supongo que son de las cosas que podré entender mejor cuando crezca. Pero ahorita me parece una tremenda injusticia.

Pero estaba hablando de mi tío, y lo que iba a decir es que él es muy interesante porque ha estudiado arqueología. Y cuando estudias eso automáticamente te dan permiso para buscar tesoros perdidos y momias. Nos ha contado sobre sus viajes a las ruinas mayas y las de Oaxaca. Creo que todavía no encuentra momias ni tesoros, pero si todavía está a tiempo de casarse, con mayor razón de buscar el tesoro perdido de Cuauhtémoc.

A mi papá no le gusta que mi tío Paco nos cuente cosas; siempre que lo hace pone una cara de purgado como la que pone un bebé cuando le das una probada de limón. En una ocasión escuché que mi papá le decía a mi mamá: “No sé por qué lo





9 +



Dos hermanos mellizos —**Susana y Alfredo**— tienen la misma gran idea: formar cada quien un **grupo de exploradores**. Los niños no creen que las niñas puedan hacer cosas de hombres y las niñas pretenden demostrar lo contrario. En medio de esta guerra, se presenta una **situación de emergencia** en la que ambos clubes tendrán que **unir fuerzas**.



Nuestros protagonistas se divierten con retos en casas embrujadas y estanques llenos de sapos. Pero también aprenden **el valor de la amistad**.



ESCUELA



AMISTAD



FAMILIA